

**C**IERTAMENTE, la ingenuidad de algunos de los patriarcas de la democracia española se confunde a veces con la osadía, esa osadía que tiene mucho de ososaz de atrevimiento. A ver si me explico. Más o menos esto es lo que me quiso decir la secretaria del Foreign Press Association a finales de noviembre pasado, mientras los jefazos del Mercado Común Europeo se reunían con la Thatcher en el 10 de Downing Street, y mientras un servidor, que va de discreto y tímido corresponsal, se peleaba con un teletipo en plena vomitera de tiras de papel como serpientes que se entrocaban a brazos y piernas, y trataba de descifrar los discursos protocolarios al tiempo que perdía las gafas y el bolígrafo en desigual combate. Ella, o sea, la secretaria, con los pies sobre la mesa del despacho, limándose cuidadosamente las uñas, me comentaba las palabras de Raimundo Bassols, poco antes de la Cumbre de Londres: «En estos momentos es cuando necesitamos, más que nunca, la cooperación con un sistema que es hoy la primera potencia del mundo», para luego dejar caer la esperanza de que quizá, tal vez, a lo mejor, se discutiese en Londres la ampliación de la CEE a Portugal y España. Y ella, la secretaria, se reía, «jo, lo que les queda, qué moral», dicho en inglés, claro está.

Los funcionarios españoles especialmente desplazados a los pasillos de los hoteles de los cumbristas, parece que consiguieron unas frases sueltas de boca de un subsecretario de segunda despistado para quien «objetivamente no hay ninguna razón de peso para no creer que España no deba formar parte del Mercado Común».

A este paso, cuando le llegue el turno a nuestro país, Gran Bretaña se habrá retirado de la Comunidad de la mano de los laboristas; Francia estará a punto de hacerlo, y la República Federal de Alemania se lo estará pensando; pero como no hay mal que por bien no venga, nos quedará la ilusión de que nuevamente recaerá sobre los hombros españoles la sagrada responsabilidad de reconstruir Europa. O sea, como Carlos V, que dinero no ganaremos, pero lo que es el cielo...

Lo sé. El jefe me acusará de escéptico, cínico y similares, y me recordará que un corresponsal debe informar, atascarse en la descripción de los hechos, ser objetivo, franco y neutral, que eso de las valoraciones, la opinión y el subjetivismo es patrimonio de los escritores o de gentes como el Montalbán y la Maruja Torres. Y siempre termina con ese «vamos, usted a lo suyo», que ya me conozco.

La verdad es que a mí lo que me gustaría ser es un corresponsal a lo Lou Grant, estilo americano de jeans y chaqueta de pana, esos héroes que se parecen a Warren Beatty y descu-

bren tramas siniestras, derriban presidentes, incluso regímenes enteros, y entre folio y folio se enrollan con la rubia diabólica de turno, porque siempre hay una rubia diabólica para los sagaces nuevo-periodistas. Pero el jefe, siempre con los pies tan en el suelo, me alcanza el rostro con un directo monstruoso, «vea lo que le ha sucedido al Vinader ese», y me hace comprender que los periodistas aguerridos no existen, son como las chicas de las páginas centrales del «Play Boy», de plástico, el sueño de la sinrazón de unos periodistas reales, gorditos y fofos, de gafas de culo de botella y apestando a nicotina, refugiados en mesas que acumulan historias por escribir y botellas vacías de JotaBe. Luego consigue que de noche tenga pesadillas con fantasmas que se parecen a Castedo, a Vinader, a Sánchez Irauskin, a Ricardo Cid, un coro de melancólicos periodistas que canturrean aquella frase de «Padre, padrone», «vosotros los patriarcas sólo habéis hecho dos cosas en vuestras vidas: obedecer primero y mandar después».

Lo que el jefe quiere es que rastree eso del IRIS, la agencia de inteligencia privada que acaba de crearse para «evitar los riesgos en los negocios», y que está almacenando información en un centro de operaciones de Was-

**PATRIARCAS,  
ESPIAS  
Y ESTRELLAS**

## **LA DULCE MASCARADA**

**E. LOPEZ MENDEZ**

hington que cuenta con una computadora más poderosa que la que tiene la CIA en Langley, Virginia. Los centros financieros internacionales que lo deseen, podrán disponer de un terminal que les servirá montañas de información puntual, completa y útil, para que puedan invertir a gusto. Entre los jefes del IRIS están Robert McNamara, Edward Heath, un ex ministro colombiano, Rodrigo Botero y, para que vean que estamos en todo, entre el consorcio de bancos que respaldan al IRIS con 10 millones de dólares, está el Grupo Banco de Bilbao. «Rastree, muchacho, rastree», me repican en la mente las palabras del jefe.

Lo malo es que las bajas pasiones, «como las llama el jefe con una absoluta falta de respeto», le llevan a uno a investigar el asunto del IRIS con los mismos esquemas que utilizo ante el caso reciente de Howard Marks, un tipo inglés que acaba de ser conde-

nado por un tribunal acusado de «contrabando de drogas», a pesar de que el susodicho se haya desgañado con el famoso «¿saben ustedes con quién están hablando?», porque resulta que el tal Marks fue contratado por el M16, el servicio de contraespionaje británico, para infiltrarse en el IRA. Ya, jefe, ya sé que no es lo mismo, y que el señor Heath, que fue primer ministro conservador, paisajista, músico y navegante a vela, no se parece ni por asomo a un 007 de la vida.

Igual que no es ése que siempre nos imaginamos, el Elvis, el rey, que ahora va y un americano, Albert Goldman, aparentemente un jovenzuelo más del nuevo periodismo, pero cincuentón, profesor de Literatura Inglesa en Columbia y biógrafo de Lenny Bruce, acaba de publicar un libro donde dice cuatro cosas del Presley, del coronel Parker, de que el roquero inmortal era un drogoteo, un infeliz con una edad mental entre siete y ocho años, un niño Buda, gordo, flácido y sonriente. Todo eso. Y además nos enseña un dormitorio enorme con paredes de brillante cuero negro, moquetas y cortinas de terciopelo rosa, una gran fotografía amarillenta de mamá Galdys, un retrato de Jesucristo y en la cama Elvis, 120 kilos de perros calientes, «como una gorda matrona recuperándose de una operación de ovarios», en palabras de Goldman. El pobre, el biógrafo digo, está recibiendo amenazas de muerte de fans enloquecidas/os, al descubrir la verdad del rollo. Pero además se está forrando, que es lo que yo más envidio de los periodistas americanos, que siempre tienen ese además, que se forran, y yo, jefe, la verdad es que cuento los denarios que me pagan por los folios a ver si se ha equivocado, y, para qué le voy a contar. Siempre me castiga con un «bueno, ya hablaremos de eso. Usted dedíquese a lo del IRIS». Y yo voy y me disfraso de perdiguero de Burgos con triste pedigree y aburrido al comprobar que esto no es lo que era.

Me parece que voy a tener que elegir otros disfraces más a tono, porque luego viene Fraga a Londres (ah, ¿que no se lo dije, jefe?, pues vino, entre otras cosas, a montar AP en la emigración), y reúne sus huestes «en el mejor sentido de la palabra», presidente de la Cámara de Comercio Española en Londres, importadores diversos de vinos, naranjas y otras chucherías para los ingleses, y hace una gran cena a la que invita, además, a los corresponsales españoles serios. Y es que uno dice eso de «yo, entre otras chapuzas, escribo para TRIUNFO», y me dicen entrechirando los ojos, «ah, ¿pero todavía existe?». Claro, así no se puede ir por el mundo. La próxima, «porque el día 8 de enero viene don Calvo Sotelo a contar a los ingleses lo de Gibraltar», diré mejor eso de «yo, corresponsal de «El abanderado de Monforte de Lemos», que suena, por supuesto, menos sospechoso, y seguro que esa noche cenó como es debido, que es como se debe cenar. ■ E.L.M.